

EL DESCENSO DE LA FECUNDIDAD EN ESPAÑA Y EL IDEAL DE LA MATERNIDAD INTENSIVA

Ana Isabel Blanco García

Vas a ser madre: éste es el título de uno de los manuales que distribuye la Seguridad Social en nuestro país, en colaboración con una gran multinacional de productos alimentarios a aquellas futuras mamás que van a prepararse durante su gestación para que el parto sea un éxito. Y estas son sus primeras palabras:

Ser madre es una experiencia única y a la vez universal. Única porque cada mujer vive el embarazo de un modo muy personal, como una aventura hermosa e irrepetible. Universal porque, al margen de este cariz subjetivo, la concepción (sic) es una vivencia común que une a todas las mujeres del orbe, sea cual fuese su personalidad, su condición o el período histórico en que les haya tocado vivir¹.

El párrafo, que a primera vista no nos produciría a la mayoría de las mujeres de nuestra cultura occidental ningún asombro, no deja de tener sus inconvenientes.

Para empezar, se intenta dar al fenómeno de la maternidad un carácter único, se dice textualmente que cada mujer lo vive de modo muy personal, pero al mismo tiempo nos define cómo es ese modo tan personal de vivirlo: "como una aventura hermosa e irrepetible". Todas aquellas mujeres, por tanto, que no lo vivan así, considerarán que "algo anda mal". Muchas se cuestionarán si pueden ser buenas madres o si tan siquiera pueden llegar a serlo si la circunstancia no les depara esa hermosura que se da por hecho desde cualquier manual introductorio de pediatría o ginecología. En otro manual de 1984, la dedicatoria "reza" como sigue: "la maternidad responsable es propia de la mujer repleta de vida y amor, por eso..., te lo dedico a ti ¡MUJER!, porque al hablarme, como tú lo hiciste de la maternidad, reafirmaste en mí el *divino* deseo de la paternidad e inspiraste mi obra". (Sastre Fernández, 1984: 4, ed. JIMS).

A este respecto por ejemplo S. Tubert nos recuerda que "hasta el S. XVIII, el amor maternal parecía explicarse por sí mismo: los animales crían a sus hijos, no hay nada de llamativo en el hecho de que las mujeres hagan lo mismo. Pero tampoco resultaba chocante que algunas mujeres se negaran a ocuparse de sus hijos y los confiaran a nodrizas. Evidentemente, tanto el deseo del hijo como su rechazo se han producido en todas las civilizaciones y en todos los medios, sin inspirar necesariamente demasiadas reflexiones. Pero a partir de 1970, aproximadamente, aparece un fenómeno: no se trata de la emergencia repentina del amor maternal, sino de la importancia que se comienza a dar a este sentimiento y de las características que se consideran que le pertenecen. La novedad es la exaltación del amor maternal como un valor simultáneamente natural y social, favorable para la especie y para la sociedad. No sólo se promueven los sentimientos, sino que se promueve a la mujer en tanto madre. Se multiplican las publicaciones que aconsejan a las madres ocuparse personalmente de sus hijos y amamentarles, creándoles a las mujeres la obligación de ser ante todo madres"².

Como se ve, la maternidad responsable —la buena madre por tanto— debe estar llena de vida y amor, alegre, en permanente estado de felicidad pues es su más alta "misión". Esto no deja de resultar paradójico a la vista por ejemplo de testimonios como el que señalamos a continuación y que seguramente serían suscritos por muchas mujeres actuales:

Parecía que no era capaz de hacer nada bien: me sentía tan cansada... el niño no dejaba de llorar y yo no dejaba de pensar que aquella se suponía que era la experiencia más realizadora de toda mi vida. Yo la sentí como la más solitaria y desdichada. (Moreno 2000: 4)

Pero no sólo eso sino que, además, se está contribuyendo con ello al mantenimiento de un deseo, el de la paternidad también, que es reflejo de un orden *divino*. Esta idea de que la maternidad (y por ende la paternidad) son funciones humanas que tienen un sentido divino, religioso por tanto, es crucial para comprender algunos de los temas que vamos a tratar en esta conferencia³.

Pero sigamos por ahora con la primera de las introducciones citadas. Cuando se nos dice que es además una experiencia universal, que une a todas las mujeres del orbe, se está aludiendo obviamente (aunque el autor/es, al no hacerlo expresamente, siempre podrían rebatirme) al tan

popular "instinto maternal". Al despreciar las características sociodemográficas, históricas y culturales como elementos que pueden influir en la experiencia maternal, lo que se está haciendo es situarla claramente en el terreno exclusivo de la Biología.

Y en la especie humana, los hechos biológicos (aparentemente incuestionables) están contruidos socialmente. Pilar Soto (2000: 98) nos recuerda cómo el contexto social influye en el modo de dar a luz, en la lactancia, en los primeros momentos que se pasan con el hijo, en las interpretaciones en definitiva que rodean a todos los elementos ciurcundantes a este fenómeno.

Cierto es que los cambios físicos que se producen en el cuerpo femenino gestante son los mismos para cualquier mujer, pero ¿cómo despreciar los factores estructurales —clase social, nivel educativo, religión, etc.— que sin duda pueden influir y, de hecho, lo hacen en el resultado final del embarazo (el hijo/a) y aún más en el modo de crianza? Pues por simple desconocimiento u ocultación de lo que la literatura sociológica ha demostrado ya contundentemente. Por ejemplo, Badinter, que en su libro trata de hacer una historia del amor maternal de la Francia de los siglos XVII al XX, recoge actitudes y formas de amor tan diversas que le llevan a concluir que el instinto maternal es un mito, pues no hay una conducta universal y necesaria para las madres⁴.

Y ésta no es una cuestión sin importancia ya que, como recoge A. Moreno Hernández (2000: 8), Roiphe, madre y escritora, dice: "la psicología personal es siempre política y la realidad política contribuye a la vida emocional".

Existen unos estereotipos acerca de la buena y la mala madre que provocan muchos conflictos psicológicos. La Buena Madre, según Swigart (1991)⁵ "es una mujer que sólo quiere lo mejor para sus hijos, cuyas necesidades intuye sin ningún esfuerzo. Adora a sus retoños y los encuentra fascinantes. Está exquisitamente adaptada a sus hijos y posee tantos recursos que es inmune al aburrimiento. Ocuparse de sus hijos le resulta tan natural como respirar, y la crianza es una fuente de placer y no requiere disciplina o autosacrificio".

La Mala Madre, por otro lado, sería "una mujer aburrida de sus hijos, indiferente a su bienestar; tan narcisista y centrada en sí misma que no puede saber qué interesa más a sus hijos. Insensible a sus necesidades es incapaz de tener empatía con ellos y los usa frecuentemente para su

propia gratificación. Esta mujer daña a sus hijos sin saberlo. Esta inconsciencia no le permite cambiar de actitud".

La consecuencia es que, si se es así, los hijos tendrán por su culpa trastornos psicológicos, derivados de esta falta de dedicación. Una muestra de esta creencia son las investigaciones de Bowlby sobre la privación materna y su relación con la delincuencia juvenil que, además de culpabilizar a las madres, dejan a un lado la responsabilidad de los padres cuya paternidad se convierte, como vimos en el texto anterior, en un "divino deseo" pero nada más.

Los efectos que pueden ocasionar los comportamientos maternos están muy estudiados y continúan siéndolo pero, ¿qué hay de los padres? ¿Qué es y en qué consiste ese deseo divino de ser padre?

Este sería tema para tratar en otro trabajo. De momento, sigamos con la argumentación.

Si la función social de la maternidad fuera instintiva significaría que ésta sería un conjunto de modelos complejos de comportamiento ligados a la especie que se heredan genéticamente (Giddens, 1991: 69) y que, por ende, ninguna madre necesitaría de ningún manual para ejercerla puesto que lo instintivo aparece de manera automática cuando se presenta el estímulo y, por ello, sin necesidad alguna de aprendizaje. Gran contradicción entonces que llevan incorporada todos estos manuales ya que, si esto fuera cierto, no necesitaríamos los consejos de los expertos, pues el gen de la maternidad responsable del que hablan muchos artículos de los últimos años o la hormona pituitaria encargada de controlar el comportamiento maternal nos bastarían para ejercer como tales.

Por otro lado, estos textos dirigidos exclusivamente a las madres, las consideran "seres incultos y peligrosos, que pueden causar todo tipo de problemas y enfermedades en sus hijos (varones sobre todo) e incluso la propia muerte" (de Miguel, 1984:85).

El manual citado anteriormente de Sastre Fernández dice:

Creemos que en general la mujer tiene una idea vaga y a veces confusa de cómo tiene que ser madre, de los fenómenos biológicos que se van a producir en su organismo para que éste se adapte a su nueva situación de embarazada (pág. 5)

Y, más adelante,

Queremos ayudar a que el ser madre no sea un trauma, trauma que creemos, es debido (...) al desconocimiento, por un lado, del fenómeno del embarazo y parto, por otro lado, a la mala información sobre el mismo, y además, por la mala adaptación y mala preparación de la mujer ante este fenómeno (pág. 6).

No sólo ilustra esta introducción o declaración de principios el punto señalado anteriormente sino también algo curioso: la maternidad responsable se reduce al período de gestación y finaliza con el parto. A partir de ahí, es decir, cuando lo biológico se hace ya menos patente, el manual ya no tiene nada que decir. Creemos, sin embargo, que la mayoría de las mujeres necesita ayuda precisamente a partir del momento del parto y sobre todo cuando se encuentra frente a su recién nacido y normalmente no sabe ni cómo amamantarlo, cómo vestirle adecuadamente, cómo calmarle, en definitiva, cómo socializarle puesto que la maternidad/paternidad, no lo olvidemos, es una función social esencial que consiste en dar a la sociedad nuevos miembros adaptados de la mejor manera a sus complejos culturales. Muchos profesionales de la salud olvidan esto en la mayor parte de los casos, convirtiendo el proceso en un mero intercambio desigual de conocimientos científicos en el que la madre jugaría un papel pasivo y secundario. De ahí el estado de ansiedad que se crea en la mayoría de las madres actuales, que quisieran tener acceso a todo tipo de conocimientos que los profesionales dosifican cuidadosamente y que simplemente las sitúan en una posición subordinada y de inseguridad constante.

Veamos cómo una mujer relata los comienzos de su embarazo para ilustrar el estado de ansiedad por conocer y ser la buena madre que todos y nosotras mismas esperamos ser:

Ángeles González Martín

He intentado resumir con la mayor objetividad posible lo que han supuesto los tres años y nueve meses más importantes de mi vida. Se trataba de contar cómo había transcurrido mi embarazo y el tipo de estimulación que he realizado con mi hijo, Alejandro. Me han hecho este cuestionario cientos de veces, podría repetirlo sin meditar un segundo, pero por una vez voy a expresarme sin atenerme al orden de las preguntas, sin límite de tiempo, sin tener que continuar cuando no puedo o no quiero, sin tener que marcharme, después, con la desesperanza a cuestas o preguntándome para qué sirve todo esto. Por una vez, voy a ser yo y voy a llorar cuanto quiera. Por una vez, y para siempre, voy a liberarme de los recuerdos.

Tener un hijo era la mayor felicidad que podía imaginar, dar, recibir, compartir, enseñar y aprender eran y son los verbos que mejor sé conjugar. Quedé embarazada a los cinco meses de intentarlo. Tenía 33 años de edad y una salud excelente. Dirigía el departamento de informática de una multinacional, tenía un buen puesto y un buen sueldo y me sentía satisfecha y orgullosa de mi trabajo. Estaba casada con un abogado, inteligente y atractivo, con muchos valores en potencia, que desgraciadamente no ha sabido desarrollar, al contrario, los ha hundido y lo que ha dejado en la superficie ha sido pesimismo y cobardía.

Meses antes dejé de fumar, me sometí a todas las pruebas habituales (rubeola, toxoplasmosis...), ningún antecedente familiar —conocido— hizo necesarias pruebas más específicas. Todo comenzaba bien. El embarazo transcurrió sin ningún problema, ni náuseas, ni mareos, ni malestar, nada. Todo era entusiasmo, alegría y vida. Hacía algo de natación, paseaba, comía mucha fruta y verdura, no tomaba alcohol ni fumaba, trabajaba sin tensión y dormía mucho, nada entorpecía mi estado.

Realicé un curso de estimulación para bebés: cómo multiplicar la inteligencia del bebé, cómo enseñarle conocimientos enciclopédicos, a leer, matemáticas, etc.; a partir del sexto mes utilicé el método Firststart de música (ponía a Vivaldi, Mozart, o música del barroco sobre mi vientre); leí libros de pedagogía, psicología, nutrición, embarazo, parto, lactancia y todo lo que se me pudo ocurrir y cayó en mis manos. Lo tenía previsto todo, todo excepto lo

más importante: que mi hijo no fuera un niño normal. Toda esta información me ha sido utilísima después, sobre todo la referente a estimulación. Muchas veces me pregunto si esta ansia de conocer era una predicción de lo que acontecería después o simplemente que yo soy así, ansiosa. Lo que pretendía entonces también lo he hablado a solas conmigo, pero no he conseguido arrancarme la verdad. Creo que no buscaba un genio, ni un superdotado, simplemente quería darle todas las posibilidades para su desarrollo intelectual y humano. Sé que los padres reflejamos en los hijos nuestras frustraciones y desaciertos y yo no soy distinta, quizá estaba equivocada, pero quería que fuese lo que él quisiera: ingeniero o fontanero, pero porque él lo eligiera, no porque no fuera apto para elegir otra opción. Y fuera lo que fuese, que lo amara. No lo sé.

Tuve una comunicación fortísima con mi hijo cuando estaba en mi vientre. Si viajaba le iba narrando el paisaje; si leía, lo hacía en voz alta; cuando tomaba un alimento distinto o especial, por sus movimientos sabía si le había gustado o no, cuando oía música yo daba palmaditas en un lado u otro de mi vientre y él me contestaba con una patadita en el mismo sitio. Por las noches, antes de dormir, y mientras acariciaba mi tripa, le contaba cómo había ido el día; le cantaba canciones y le contaba cuentos que inventaba para él, aún lo hago y se parte de risa.

El parto fue inducido nueve días después de la fecha prevista de su nacimiento, no encajaba y hubo que practicar una cesárea. Nació el 6 de julio de 1993, sano y fuerte físicamente. Su test de Agpar fue de 8 en el primer minuto y 9 a los cinco. Pesó 3,600 kg. Y midió 50 cm. Le amamanté durante tres meses, hasta que se me retiró la leche porque era muy tragón y tenía que ayudarle con biberón. Le leía cuentos, en su cunita, y le ponía la misma música que oyó dentro de mí. Desde que nació le doy masajes por la noche. Después del baño, pongo algo de música clásica mientras le acaricio y beso su cuerpecito, se queda tan relajado que a veces se duerme.

En el hospital me regalaron una muestra de crema para el cuerpo, la utilicé durante un tiempo, meses después volví a comprarla y no podía sentir su olor sin echarme a llorar, traía a mi mente demasiados recuerdos felices, expectativas que no se cumplirían, sueños que ya sólo serían eso, sueño⁶.

Esta actitud de querer controlarlo todo frente a la maternidad es el inicio de lo que Sharon Hays (1998) denomina "ideología de la maternidad intensiva", según la cual "el proceso de criar a un hijo requiere mucho trabajo. Las madres de clase obrera, pobres, de clase profesional y ricas creen por igual que la crianza del hijo debe estar centrada en él y ser absorbente desde el punto de vista emocional y, desde un punto de vista práctico, esta actitud común significa que se da por sentado que la buena crianza infantil exige el trabajo cotidiano de atender cariñosamente a la criatura, escucharla, intentar descifrar sus necesidades y deseos, luchar para responder a sus necesidades y poner el bienestar del niño por encima de la propia conveniencia" (Hays, 1998:177).

En nuestro país, J. de Miguel (1984) en fecha más temprana ya puso de manifiesto los puntos centrales de esta ideología, ligada como él mismo apunta a la idea popular en España de la relación entre la Virgen María y su hijo Jesús. El citado autor recoge un párrafo de un manual de puericultura de 1964 en el que se dice: "Ya sois madres. Vuestra sagrada misión debe inspirarse en estas palabras: amor, juicio y cultura. Podéis tener la ventura de decir: tengo un hijo. Es cierto, pero pensad que él os gritará: ¡madre mía! He aquí otra verdad que debéis procurar que sea siempre cierta. ¡Sois del hijo! Él tiene el derecho de poseer vuestro corazón, vuestro espíritu, vuestra leche y, durante los primeros años de la vida, vuestra defensa y sacrificios. Así, podréis ser dignamente madres edificantes de vuestros hijos sanos y hermosos⁷.

Nada más cercano al versículo de la Anuncianción "He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra" y que transmite un modelo de mujer pasivo, masoquista e inferior, que convierte a la madre en mera esclava de su propio hijo varón (sobre todo) como también pone de manifiesto Jesús de Miguel.

En el 2º Catecismo de la Comunidad Cristiana se lee:

Para el niño lo más importante de la vida es su madre. Continuamente hace referencia a ella. A veces parece que ve por sus mismos ojos (...) Cuando el niño no tiene madre parece que no es como los demás, que no reacciona como ellos..., le falta la experiencia más vital. Escribe un niño de siete años: "felicidad es ir a casa con una mamá que se ríe"⁸.

Está clara pues la interrelación entre la ideología de la maternidad intensiva y el mandato religioso cristiano, pero muchos podrían pensar que ésta es una imagen trasnochada, atípica, extemporánea de la maternidad que en nuestros días ya no funciona. Pues bien, nada más lejos de la realidad. Yo diría incluso que tiene muchas cualidades novedosas, en la medida en que la imagen de la maternidad de hace unas décadas no era, ni de lejos, tan exigente.

Amando de Miguel nos cuenta en *La España de nuestros abuelos*⁹ cómo a principios del siglo XX la infancia era un período triste y frágil, derivado de la dureza de la vida:

Los hijos de las clases humildes tenían que ponerse pronto a trabajar, no podían ser falderos, o lo que es lo mismo, sus madres no debían mimarles mucho, mientras que los de clases burguesas debían someterse a la rigidez de la disciplina de los internados.

Es lógico pensar que con una fecundidad elevada, consecuencia de la alta mortalidad infantil, los cuidados que se debían desplegar sobre la prole no podían ser tan pormenorizados como se exige en el momento actual. La buena madre por tanto ha cambiado en los últimos tiempos y se ha convertido en la perfecta imagen de "la esclava del señor".

Como muestra de lo que serían en la actualidad los componentes de la prescripción del rol materno les voy a dar unos datos obtenidos de una población de 2.000 jóvenes, de entre 18-30 años, universitarios, de extracción rururbana, de ambos géneros y que, divididos en 4 grupos que debían negociar colectivamente este estereotipo, nos dieron unos resultados sorprendentemente coincidentes en todos ellos.

La madre ideal tendría los siguientes atributos y desempeñaría las actividades que a continuación se detallan:

- Comprensiva
- Que conozca a su hijo (cómo es, sus necesidades).
- Cariñosa.
- Que escuche.
- Que apoye.
- Paciente.

- Responsable.
- Que no sea muy pesada.
- Comprensiva con su marido.
- Que te dé libertad.
- Bondadosa.
- Independiente.
- Firme en sus decisiones.
- Amiga.
- Fiel, trabajadora.
- Alegre.
- Preocupada por lo que hacen sus hijos.
- Agradable.
- Tolerante.
- Adaptada a la época de sus hijos.
- Que sepa educar.

Una vez que se leyeron conjuntamente los resultados de este tipo ideal, estereotipo o prescripción de rol, se les preguntó a quién les recordaba dicha descripción e inexorablemente todos ellos se remitieron a la Virgen María; conclusión por otra parte en ningún sentido inesperada, tratándose de jóvenes españoles criados en la tradición cristiana católica (recordemos alguna oración a la Virgen).

Ahora bien, la pregunta siguiente es obligada: ¿están dispuestas las españolas a comportarse según estas expectativas de rol? Y si es así, ¿cuántas veces están dispuestas a hacerlo?

Pues a juzgar por las cifras de fecundidad que en la actualidad poseemos parecería que esto es así pero en dosis limitadas.

Veamos resumidamente la evolución demográfica reciente:

Desde 1960 se ha ido produciendo una serie de cambios demográficos que afectan a la composición y dinámica de las familias y que han justificado especialmente en referencia a la nupcialidad y a la fecundidad que se hable de la Segunda Transición Demográfica. (Van de Kaa, 1998; Lesthaeghe, 1992). A grandes rasgos podemos distinguir en ella 3 fases (con especial referencia a la nupcialidad y a la fecundidad: 1960-70; 1970-85; y a partir de 1985).

La primera se caracteriza por el incremento de los divorcios, la reducción de la duración de los matrimonios y el progresivo retraso en el calendario nupcial. En materia de fecundidad asistimos al final del *baby boom* al darse un descenso de la misma en todas las edades, y ello tanto por el retraso en los matrimonios como por lo que se ha llamado "revolución contraceptiva".

La segunda fase (1970-85) se distingue por la aparición de la cohabitación pre-matrimonial y el incremento de los nacimientos extra-matrimoniales. La fecundidad sigue descendiendo en aquellos países donde ya había iniciado su descenso y empezaría a hacerlo en los mediterráneos, coincidiendo con la crisis económica.

La tercera fase, desde 1985 hasta la actualidad, se caracteriza por la estabilización de las tasas de divorcios, la extensión de la cohabitación y la formación de parejas donde cada uno mantiene su vivienda por separado (L.A.T., "Living Apart Together") que vendría a sustituir a los segundos matrimonios; en materia de fecundidad se constata una incipiente recuperación al final del período (sobre todo en mujeres mayores de 30 años) y un retardo del declive en edades más jóvenes.

El retraso del matrimonio y la procreación y la reducción de la natalidad tienen relación con la mejora del nivel de vida y con el incremento del coste de los hijos, respuesta que nada tiene que ver con el hedonismo irracional del que se acusa a los jóvenes europeos en su comportamiento reproductivo.

Estas fases se producen en momentos diferentes en los distintos países europeos, estando las diferencias más acusadas entre el norte-centro de Europa y el sur, o el área mediterránea.

Las transformaciones en el norte-centro se dieron antes y, cuando se produjeron en el sur (mucho más tarde), lo hicieron con mucha más intensidad, sobre todo en lo que se refiere al descenso de la fecundidad.

En la actualidad Italia, España y Portugal, que no comenzaron su descenso hasta 1975, son los países con unos índices sintéticos de fecundidad (ISF) más bajos (1'3, 1'3 y 1'4 hijos por mujer respectivamente para 1991). En los países escandinavos la fecundidad nunca llegó a niveles tan bajos y en 1991 sus ISF se estimaban en 1'7 para Dinamarca y Finlandia, 1'9 en Noruega y 2'1 hijos por mujer en Suecia.

Louis Roussel (1992) llega a la conclusión de que estos cambios se produjeron antes en el Norte porque es allí donde antes se asentó el proceso de "emancipación de la mujer" que conlleva un replanteamiento de los roles en la familia, su desinstitucionalización, la búsqueda de nuevas formas de pareja fuera del marco legal y la reducción del tamaño de la familia en función de las expectativas profesionales de ambos cónyuges.

El tópico de un Sur fecundo contrapuesto a un Norte de fecundidad más débil se desmorona. De hecho, pese a la creencia más extendida y en lo tocante al caso español e italiano, la fecundidad nunca tuvo niveles realmente elevados en comparación con otros países del Norte (en Cataluña y en la Liguria el descenso de la fecundidad se notaba ya a finales del XIX).

Delgado y Livi-Bacci (1992) relacionan el rápido descenso de la natalidad en ambos países con la incorporación creciente de la mujer al mercado laboral, una escasa respuesta institucional a ese cambio y una difícil coyuntura económica. El V Informe Sociológico sobre la Situación Social en España (FOESSA) señala múltiples causas para explicar este fenómeno: laborales, culturales, informativas, sociales, económicas, matrimoniales, ideológicas, asistenciales, urbanísticas e incluso políticas (FOESA, 1994: 421).

Lo que más llama la atención es que esos mínimos en la fecundidad se dan en 2 países católicos precisamente.

Cada vez son más los españoles que sólo tienen a lo largo de su vida reproductiva (15-49 años) un solo hijo/a (de Miguel, 1991), lo que contrasta con el ideal de familia media que se había mantenido y se mantiene (2 hijos) pero puede tener relación con la gran importancia que concedemos a la relación padres-hijos. Las actitudes de los españoles frente a la infancia no son de rechazo, a pesar de que el coste de los hijos sea cada vez mayor y de la falta de medidas públicas para paliarlo. La Encuesta FOESSA contiene datos sobre las actitudes ante la infancia en la sociedad española, en la que se observa el predominio de una imagen positiva (1995: 429).

En el mismo informe se señala también que la hipótesis del hijo único produce reacciones negativas y que el número ideal de hijos de la sociedad española es dos (FOESSA, 1995:431).

El reciente informe del Instituto de la Juventud *Juventud y entorno familiar* (2000) nos habla también de estas mismas actitudes. Sólo un 4%, por ejemplo, de los jóvenes dice que no

desean o no creen que llegarán a tener hijos, y los que dicen que su número ideal es de uno son sólo el 5%.

Por su parte, los que creen que el número ideal de hijos es de dos son el 63% y el 79% de ellos (un 80% entre los adultos) conceden una gran importancia al hecho de tener hijos para conseguir la felicidad de la pareja. Ni qué decir tiene por tanto que de llevarse a cabo estos ideales de natalidad, España dejaría de ocupar el primer o segundo lugar del mundo con la tasa de fecundidad más baja y podría alcanzar la reposición generacional. Pero la tendencia futura no parece que pueda conducirnos a tal extremo, puesto que la contradicción entre deseos y comportamientos es muy clara: el 45% de los jóvenes considera que en adelante se debe tener el mismo número de hijos que ahora y sólo un 33% dice que hay que tener más, estando ampliamente compartidas estas opiniones en el conjunto de la población.

¿Qué razones pesan más a la hora de tener menos hijos? Las más citadas son las dificultades para compaginar los horarios de los padres con los de los jardines de infancia, guarderías y otros centros de atención y educación infantil, los obstáculos que se encuentran para conseguir relaciones más simétricas en el seno familiar, las dificultades que tienen las mujeres para acceder y conservar un empleo estable, en un país en el que éste es un bien escaso y el hecho de que tener un hijo favorece el riesgo del desempleo.

Los jóvenes más críticos, que son también los más instruidos, dicen que las razones de la escasez de hijos están en las cargas que implican (44%), el pesimismo económico social (31%) y que la mujer trabaje fuera de casa (26%).

Por otro lado, en el eurobarómetro realizado en 1997, en los 15 países de la Unión Europea, a jóvenes de 15 a 24 años, destacan por encima de cualesquiera otras razones la estabilidad profesional (65%) y la emocional (54%) y la posibilidad de proporcionarles una buena educación (41%).

La flexibilidad en el trabajo (23%), la existencia de estructuras adecuadas para el cuidado de los hijos (2%), y de suficientes ayudas familiares o ventajas fiscales (13%) se perciben como satélites de la estabilidad y no como condiciones para que la descendencia sea posible. Para resumir, y como señala Leguina (1996), "las mujeres españolas desean tener más hijos y los

tendrían ... si pudieran (...). Estamos (...) ante una fecundidad constreñida por factores sociales ajenos a la voluntad de las parejas".

No cabe duda de que entre ellos, los factores económicos tienen una indudable influencia en esta situación. Como se nos señala en la Ponencia del Congreso de los Diputados de 1997, vemos que el grado de satisfacción de los españoles con su vida personal es muy alto (78%) así como con su situación familiar (71%) y su salud (52%), mientras que los ingresos y el tipo de trabajo es de un 13% y un 27% respectivamente.

Por otra parte, el 70% de la población española atribuye el descenso de la natalidad a la crisis económica y al coste económico de la educación y cuidado de los hijos. El 91% considera que las ayudas económicas en concepto de protección familiar son insuficientes y el 90% que es necesario mejorar las condiciones de baja por embarazo, que debería reducirse el Impuesto sobre la Renta para los que tienen hijos a su cargo, que hay que mejorar las guarderías para los menores de 3 años, que se debería asignar una cantidad mayor para el nacimiento de cada hijo, facilitar el acceso a la vivienda a familias con hijos y flexibilizar los horarios para los padres con hijos a su cargo.

Pero por sí solos los factores económicos no pueden dar cuenta de este pronunciado descenso, puesto que las clases más acomodadas también han reducido el número de hijos.

Y aquí entran factores culturales como las presiones que se ejercen sobre los padres en el terreno afectivo, su preocupación por la educación de su descendencia, etc., (la estabilidad emocional y las cargas que implican, como vimos anteriormente).

Por otra parte el nivel educativo de los padres sí parece tener una correlación mayor con el número de hijos. Como señala De Miguel (1994) cuanto más alto es el nivel de estudios de la pareja, menor es el número de hijos. Además, en nuestro país cada vez hay más mujeres en la Universidad. Muchas profesiones se están feminizando, los padres toman cada vez más parte en el cuidado de los hijos, la felicidad y el bienestar son valores perseguidos por las parejas. A esto hay que añadir que nuestra sociedad es una de las más secularizadas.

Es decir, se ha producido una serie de cambios estructurales que han modificado enormemente la posición que ocupan las mujeres en la estructura social. Están perfectamente

integradas en el terreno público, incorporadas al trabajo, se ha alcanzado al menos a nivel actitudinal el ideal de igualdad entre los sexos, con las consecuencias que esto trae en la esfera doméstica donde las relaciones tienden a una mayor igualdad y simetría, pero hay algo que no concuerda perfectamente. Soto (2000: 91) expone que la imagen que tiene la mujer de sí misma ha cambiado, ya no se ve sólo como perfecta madre y esposa y esto produce por un lado un retraso en la llegada del primer hijo y por otro la reducción drástica del número de ellos, pues un número elevado de hijos no permitiría llevar a cabo los ideales de felicidad ahora establecidos. Pero a nuestro modo de ver, lo que ocurre es que esa autoimagen como madres es la que no ha cambiado. Es decir, el ideal de madre perfecta se mantiene y cuando una mujer decide tener un hijo, es a ese modelo al que quiere ceñirse.

Es decir, los cambios estructurales no se corresponden con los cambios simbólicos. Hay una modificación en las posiciones o status adquiridos, pero eso no se refleja en los roles que van emparejados con ellos. Que el modelo ideal de madre siga pareciéndose tanto al de la madre perfecta que tiene, como hemos visto, tantas concomitancias con el transmitido por la religión católica es lo que está provocando esa inhibición en el número de hijos y esa discordancia que hemos visto entre los deseos y la realidad.

Las mujeres trabajan, estudian, obtienen cada vez más éxito en sus profesiones y defienden su posición de igualdad con respecto a los varones en el ejercicio de sus funciones públicas y privadas. Pero hay un lugar al que estas modificaciones no han llegado: el ejercicio de la maternidad, que siguen considerando como la más alta misión y aquella que da sentido a sus vidas. Lo demás gira en torno a ello. Se puede retrasar el acontecimiento, se puede limitar la descendencia, pero cuando se accede a esa función, lo simbólico permanece anclado en modelos que impiden en buena medida el ejercicio del resto de las funciones que desempeñan.

Marí Klose y Nos Colom (1999: 91) recogen el siguiente resultado de su encuesta sobre educación, trabajo y fecundidad de las mujeres, y que viene a corroborar lo que hemos expuesto: "resulta cuanto menos sorprendente el elevado porcentaje de mujeres (50%) que afirman: 'en el único sitio donde se puede ser feliz es en casa con los hijos'". El aumento del porcentaje de mujeres que se muestran de acuerdo con la frase anterior crece con la edad y el número de hijos/as que

tienen (a excepción del grupo de mujeres entre 34 y 49 años de tres o más hijos/as). Entre la generación de jóvenes la visión tradicional de la mujer aparece cuando empiezan a tener hijos/as.

Más adelante se nos recuerda que

En la actualidad se puede observar que la herencia cultural sigue transmitiendo como un dogma la idea de que la maternidad es la realización indispensable de la feminidad, que una mujer no es una verdadera mujer si no tiene hijos/as (pág. 93).

A diferencia de los varones, cuya identidad cultural se sustenta a partir de su ocupación en el espacio público, y en concreto en el ejercicio de un trabajo remunerado, a las mujeres no se les atribuye una cultura de trabajo (pág. 96).

Tener hijos/as, criarlos y educarlos aparece en la superficie del discurso femenino como una faceta de su superioridad sobre el varón, como una ventaja o privilegio, y como una de las fuentes de satisfacción más importantes, llegando incluso muchas veces a manifestarse como la justificación de la vida de la mujer. De forma similar, en las sociedades en que las mujeres avanzan más en sus posiciones sociales, convierten la experiencia del parto y de la maternidad —tanto entre las que se dedican a las labores domésticas como entre las trabajadoras— en el momento más significativo de sus vidas. Es la experiencia que más a menudo se traduce en un sentimiento de realización personal, ternura y alegría. Sin embargo, la valoración positiva de los hijos entra en contradicción con una serie de rasgos negativos asociados a la maternidad. Los hijos "atan", "esclavizan", "dan preocupaciones" y "los hijos se van" (pág. 99).

En definitiva, la madre que trabaja se ve enfrentada al estereotipo de la mala madre en cuanto que no puede atender a todas las necesidades de sus hijos, pero la que no lo hace se encuentra con una valoración negativa (la "maruja" en términos coloquiales) que no resulta en absoluto agradable. A modo de conclusión diríamos que los españoles quieren tener más hijos de los que tienen, (tal como hemos visto, existe un desajuste entre el número ideal de hijos y los que

realmente se tienen), pero cada vez más renuncian a este deseo sobre todo porque nuestros rígidos modelos de madre estarían obsoletos.

Deberíamos dar paso pues a un modelo de madre "razonablemente buena" que, junto con ayudas económicas que en otros países como los nórdicos son mucho más elevadas y ya han obtenido un cambio de tendencia claro, nos ayuden a conseguir a aquellas mujeres que así lo deseamos, disfrutar de una función que aunque biológicamente sólo nosotras podemos cumplir, puede ser realizada culturalmente de muy diversas formas.

Nada mejor para ilustrar estos puntos que dejar que algunas mujeres nos resuman e ilustren estos motivos que hemos expuesto:

TESTIMONIO DE MARINA

Marina: 30 años, 1 hija. Profesora de Universidad.

Tuve mi primera hija a los 29 años. Fue una experiencia maravillosa. Fue una hija muy deseada (yo creo que la deseé siempre, siempre me vi a mí misma cuidando de una hija) y además tuve la suerte de poder elegir un momento adecuado profesional y personalmente para tenerla. Todo era sensacional: una niña sana, un parto perfecto, me porté fenomenal, los médicos me felicitaron porque no dije ni ¡ay! Bien es cierto que me preparé a conciencia para ello. Alimentación sana, controles cada mes con un médico privado, vitaminas, gimnasia, reposo, relajación. Trabajé como para sobresaliente ¡y lo conseguí! El problema vino cuando la niña nació. Yo no sabía que los niños lloraban (ríe). Imaginaba que todo mi amor bastaría para calmarla. En fin, poco a poco aprendí a conocer a mi hija mejor que nadie. Yo creo que soy una buena madre aunque también tengo la sensación de haberme dejado los nervios en el camino. En fin, merece la pena. Ser madre es lo mejor del mundo y un sacrificio que tiene la recompensa en sí mismo (...).

Es cierto que tardé mucho en recuperarme de ese esfuerzo físico y que durante mucho tiempo no deseé ni por asomo volver a repetir la experiencia. A menudo pensaba que era lo mejor y también lo peor de mi vida, pero no porque no quisiera a mi hija, sino por la responsabilidad que me había caído. Quería que la niña fuera feliz por encima de todo y estaba convencida de que eso dependía de mí fundamentalmente. Me recuerdo a mí misma

pensando: esto es fantástico, pero una vez y no más. Es como hacer una carrera, te esfuerzas, lo consigues y... ya está; ¡no te vas a volver a matricular!

Sin embargo, en los últimos tiempos me asaltan cada vez más dudas acerca de si será bueno o no quedarme con una sola hija. Todos mis familiares y amigos me "martillean" continuamente con la idea de que un hijo solo no es nada, que la niña va a ser una consentida, que qué va a ser de ella si nosotros no estamos, que de mayor va a estar sola, pues la familia es la familia y los hermanos son una experiencia maravillosa, etc. Por otro lado, todos los especialistas parecen coincidir en esos beneficios, pero yo no me atrevo a intentarlo de nuevo. Además, tengo la impresión de que con dos niños no podría tener la misma dedicación que ahora le doy a ella. Me asusta la idea de que ya no me vea como su apoyo incondicional, de perder el lazo tan estrecho que he creado con ella. En realidad es que mi vida gira toda en torno a mi hija y no creo que esa dedicación pudiera otorgársela a dos hijos a la vez.

Algunas veces pienso que es egoísta por mi parte, porque en realidad lo que me asusta es volver a empezar con el sacrificio que supone criar a un bebé hasta que va defendiéndose un poquito, porque lo cierto es que no les puedes perder de vista.

Además, y a pesar de que mi pareja colabora en las tareas domésticas y me ayuda cuando hay que atender a la niña, yo siento que la que debe estar allí soy yo. No podría soportar que mi hija llorase de noche y no estar allí para calmarla. Ya sé que su padre lo puede hacer, pero una madre es una madre.

La verdad es que encanta serlo, me emociono cuando la oigo llamarme, es lo mejor que me ha pasado en la vida.

AQUELLO QUE AMAMOS

Norma Graciela Hurtado Oliveira

A Merce la concebimos en el texas ranch, como llamaban mis compañeros de Aerolíneas a nuestra prefabricada de madera. Fue en una noche de julio, una noche muy fría. Ese mes éramos conscientes de que empezaríamos a buscarla. Yo sólo sé que sentí la noche del milagro. No lo puedo explicar, simplemente lo sé. A los diez o doce días de atraso me hice

los análisis y Patri los fue a buscar. Ocurrió justo al revés que en las películas, donde la mujer, con cara de ingenua y risa en los ojos, le muestra al marido los escarpines y él se entera así de que van a tener un hijo. Lo nuestro fue algo así como: «Isidoro dice que fue positivo y me felicitó.» Isidoro era un bioquímico conocido de él. Nunca supe si este buen hombre hizo caminar los escarpines entrelazados en sus dedos al darle la buena nueva.

Los primeros meses, además de vomitar un par de veces, empecé a sentirme invadida. ¿Quién era ese ser que me ocuparía entera e iría acomodándose en mi cuerpo? Este sentimiento me hizo sentir culpa. La culpa invasora, la invasión culposa... Ahora lo pienso mejor y veo que Merce no me dio tiempo a reaccionar, y yo lo necesito para adecuarme a las nuevas situaciones. ¡Ya al primer mes de proyectarte estabas allí! Mamá es muy lenta, y vos ya no querías perder tiempo, embarcada como estás siempre armando planes, mil planes juntos... Te imagino diciendo: «¡Ésta soy yo, y me quiero ya!».

Yo seguía tomando el tren para ir a la oficina. Más o menos día por medio me bajaba la tensión (casi siempre viajaba de pie). Si estaba con Patri lo empezaba a mirar con lánguidos ojos bovinos y algo perdidos y el padre de la criatura pedía un asiento para mí. Si estaba sola al sudor, la pérdida de visión, el zumbido en los oídos y ese vuelco del estómago le seguía el deslizarme por el flanco de cualquier pasajero que tuviera al lado mío. Cuando estaba a mitad de camino del cuerpo del otro se daban cuenta de que algo me pasaba y me daban el asiento. Unos me abofeteaban, otros me apantallaban con el diario... Y el tema del desmayo pasaba a ser conversación común en todo el vagón: está embarazada... Pobre chica. ¡Es que se viaja tan mal! Y a los pocos minutos todos empezaban a rezongar y a contar historias de degenerados que toqueteaban a las mujeres, viejecitas a quienes habían arrebatado el bolso —mejor si tenía su paupérrima jubilación dentro, le daba un tinte más dramático a la cosa...—, estaciones sucias... El tema de mi desmayo era un efectivo catalizador de broncas ferroviarias.

Alrededor del tercer mes de embarazo empecé a sentirme plenamente feliz. Las molestias habían cedido dejando paso a sentimientos de orgullo y alegría. Empecé a tejer un saquito, como hacían las mujeres en las películas y las gallinas sobre sus huevos en los dibujos animados... Quería que mi bebé tuviera algo hecho por mí. Deseaba ser una mamá gordita cuanto antes, pero sólo era una gordita que no entraba en ningún pantalón ni falda.

Sabía que había una vida dentro mío, y también sabía que estaba sana. Lo supe siempre. Pero quería escucharla, escuchar sus latidos, sentir sus movimientos. Todas las noches ponía mi mano sobre mi vientre, concentrada e inmóvil, expectante. Patri también lo hacía. "¿Sentiste algo así como un glub o un tac-tac?". Y un día, sobre el quinto mes ¡dijo su primera patadita! : "¡Aquí estoy, mamá!". Hoy, cuando estoy recordándolo, me sacude la misma emoción y siento el palpitar de mi propia sangre.

Comencé a comprar algo de ropita y muchos me regalaban escaarpines que se alineaban como un ejército de algodón en el cajón. Amarillos, blancos, celestes. Patri reparó un mueble cajonero que pintó luego de color amarillo. Sobre él puse una dulce coneja blanca de peluche, que fue el hermoso regalo que Papá Noel Patri me hizo esa Navidad.

La maternidad nos dulcifica y nos hace plenas. Plenas como una luna de luz inacabable. El mundo se convierte en panci-céntrico, porque el universo entero, los sueños, el calor y la vida entran en la frontera de nuestro vientre. Somos la luna en cuarto creciente, somos el milagro y el misterio, somos una chispa de la eternidad.

Devoraba las revistas Vivir, y deglutía, junto con Merce, unos inolvidables sándwiches de miga que compraba todos los días en el Retiro cuando volvía de la oficina. Un sándwich de jamón y queso grandote que compraba en el bar que había en la estación.

Mi cuerpo empezó a inflarse hasta límites que parecen imposibles y mis pechos se llenaron como melones dulces recorridos por venitas azules.

En Aerolíneas hacía un tiempo que nos habían trasladado a una oficina interna sin luz natural. El día que terminamos la mudanza yo estaba tan desesperada por la falta de mi río y mi sol que tapé cada enorme ventanal con pósters de las cataratas y Bariloche. Nuestro jefe superior de entonces, Stiglich, que no tenía mucho sentido del humor, los hizo retirar. En realidad lo mío tampoco era por gracia. Lo hice en señal de protesta. ¡Nos habían encerrado! Cuando tomábamos el ascensor, que era muy antiguo, de esos que llaman jaula, yo me agarraba con ambas manos al enrejado y repetía medio a los gritos: "¡¡Me quiero irrr...!!". Era mi chiste favorito. Me sentía una orangutana entre rejas gritando su bronca a los carceleros. Ambas cosas eran bastante ciertas, ya que con siete u ocho meses de embarazo parecía una mona con empacho de bananas y sentía bronca, mucha bronca. El embarazo de Merce fue el catalizador de toda esa frustración y el pretexto para dejar Aerolíneas. El

pretexto externo, social, la excusa que siempre necesitamos mostrar a los demás. La realidad era que ya no era feliz en ese trabajo.

Asistía a los cursos de parto sin dolor del Hospital Italiano, donde nacería mi bebé. Éramos todas pelotas infladas, un-dos, arriba-abajo. Algunas mujeres sentían realmente pánico al parto. Yo, sin embargo, mantenía firme mi pensamiento positivo de que, seguro, seguro, me iba a atacar la risa justito en la sala de partos. Además miraba las caras de todas las mujeres que tenían hijos y algunas me parecían francamente idiotas. Entonces me decía: "Si ésa, con lo tonta que parece, pudo hacerlo, ¿cómo no voy a poder yo?".

Mi mayor temor era el de hacer papelones. No saber cuál era el momento exacto para ir al hospital. ¿Cómo eran las contracciones? ¿Te agarrabas a un mueble, desviabas los ojos y te daban temblores como convulsiones epilépticas? Yo me hacía preguntas realmente idiotas, pero por suerte siempre había otra mujer en el curso que las ponía en su boca, entonces todas nos reíamos como diciendo ¡qué tontería! La que preguntaba se ponía roja como un tomate por nuestra reacción y nuestras dudas quedaban disipadas.

Tenía muy claro que debía sobrellevar el dolor con dignidad. Ésta era la mejor prueba que me ponía la vida para demostrarme a mí misma y a los demás que era fuerte y podía traer a un hijo al mundo con serenidad y alegría, como debía ser. Había escuchado historias tremendas de bajezas, mujeres que se ponían histéricas y culpaban al marido, el médico, las enfermeras y la madre que previamente las había parido, por la situación en la que se encontraban. A mí eso no me iba a pasar, simplemente porque yo no quería que fuera así.

¿Cómo sería el dolor? Sabía que podía rozar límites casi insoportables, pero también que tendría un final, acotado y dulce. Mamá contaba que su abuelita les decía que después de tener un hijo te daban ganas de comer pan y tomar mate, de lo bien que te sentías. A mí esta historia me encantaba porque era muy simple y sabia.

Mi fecha para dar a luz era el 17 de abril. Ese día fuimos a revisión con Patri. ¡Qué desilusión sentí cuando el médico me dijo que aún no era el momento...! Volvíamos en el coche y yo, con lágrimas en los ojos, repetía: "No puede ser, ¡me dijeron el 17!". Como si se tratara de una estafa. ¡Los médicos no podían hacerme esto!

El 23 era mi cumpleaños, y el de Marta, claro. Cenamos en su casa y me atiborré a sándwiches de miga y pasteles, total, unos gramitos más ni se notarían. Esa última semana

nos habíamos trasladado a la de los viejos, "porque estamos más cerca del hospital...". Bueno, estábamos seis kilómetros más cerca. Para mí era obvio que estaba más cerca de los mimos. Esa noche llegamos allí sobre las once. Me estaba poniendo el camisón. Lo recuerdo claramente, fue como si se abriera una represa inagotable de agua que corría por mis piernas. ¡No podía ser otra cosa que la rotura de la bolsa! "¡Calma!, me voy a duchar, prepárame un té". La matrona en el curso nos había dicho exactamente eso, lo de la ducha, el té caliente... ¡Nada de actitudes histéricas!

Ya no sentía casi ningún temor. La pérdida del agua era una de las razones inexcusables del ingreso al hospital. ¡Perfecto entonces! Era parturienta, llevaba una semana de retraso y bolsa rota. Me había duchado y había tomado el té. ¡Cumplía con todos los requisitos! Nadie me podía catalogar de embarazada caprichosita y primeriza.

Llegamos al hospital a las doce de la noche. Me revisaron y decidieron ingresarme. Bien, no me dolía nada. Me sentía feliz y segura de mí misma, además de muy alegre, porque faltaba ya muy poco para conocer a mi hijo y vivir la experiencia de un parto.

Sobre las dos de la mañana le dije a Patri: "Podés irte a dormir a lo de María Elena, me siento rebién", mientras pensaba para mis adentros: "Esto es jauja, coser y cantar...". A la hora de irse él cometí mi primera bajeza. Vomité sobre el piso toda mi fiesta de cumpleaños. ¡Joder! El cuerpo empezaba a ir por un lado y mi mente por el otro...

Cuatro de la mañana: ¿Y eso? Empieza a doler un poco. Todos mis sentidos alertas. Un poco de jadeo perruno y esto pasa...

Cinco de la mañana: ¡Mierda! Duele bastante más. ¡Jadear, jadear, ser digno, no gritar!

Seis de la mañana: "Llamen a mi ma-ri-do, por-fa-vorrr... Éste es el nu-me... ¡hu-hu-hu!". ¿Para qué eran los jodidos jadeos?

¿Cómo era eso de respirar con la panza? Me estaba olvidando de toda la teoría, la práctica era un completo desastre. Soplaba, sudaba, gemía, pero nada de eso me hacía perder la conciencia. Escuchaba a las enfermeras que me decían que no podían creer que fuera primeriza por lo bien que me portaba. No pensaba "bah, se lo dirán a todas...", me lo decían a mí, y eso me confortaba muchísimo. No sé a qué hora llegó, pero fue pronto. Allí estaba. A mi lado. Secándome el sudor, acariciándome la cara y las manos (y yo

fracturándole las suyas con cada contracción), calculando los minutos, jadeando conmigo. El amor es así. El amor es eso, exactamente eso. Amanecía y él estaba reclinado sobre mi cama, alentándome. Ésos son los momentos que en una relación no se olvidan nunca. Odio a los tipos que no están acompañando a su mujer en esas circunstancias. ¿Miedo? ¡Mierda! Ella es la única con derecho a sentir miedo. Después de todo es su cuerpo el que está a punto de estallar y no sabe ni cómo ni de qué forma será. A las nueve y media me llevaron a la sala de partos. Me dolía todo, todo, como si un tren descomunal, el tren de locomotora de vapor de mi infancia, me estuviera pasando por la pelvis y rompiendo cada hueso. Pero ¡ánimo! Faltaba menos. Allí me esperaba un equipo como de seis personas. Todas geniales. Todas empujando conmigo. La imagen es como de un partido de rugby, donde todos los jugadores se toman por los hombros y dicen "¡ra-ra-ra! ¡Vamos a tener a este bebé! ¡Ra! ¡Todos vamos a ayudar! ¡Ra! ¡Vamos a ganar! ¡Ra-ra-ra!". De repente un nuevo jugador entró en la cancha. Me costó un poco darme cuenta de quién era, con barbijo y gorrito verde y una amplia bata. Entró por detrás mío. Predecía que en mi parto me iba a reír... No fue exactamente eso, pero sonreí. Parecía un carnicero, pero era el padre de la criatura. ¡Ya estábamos todos! El partido podía comenzar. Había sido un abril bochornoso, con temperaturas altísimas para el otoño, y ese día, a esa hora, se desató una tormenta de rayos y truenos como la de Ranchipur, pero de verdad. "¡Lo estás haciendo muy bien! ¡Más! ¡Más fuerza! ¡Ahora! ¡En el próximo trueno nace! La tormenta y la luz se estrellaban contra un enorme ventanal esmerilado mientras una de las enfermeras me acariciaba la cara, otra me secaba el sudor, otra me mimaba los dedos de los pies y otra casi se sentaba en mi panza para ayudarme a expulsar al bebé. En mi vida hice más fuerza. Hacía fuerza con la garganta, las pestañas, el pelo, los párpados, las uñas... Menos con la panza, con todo el resto de mi cuerpo. No sé, me parece que la teoría se me fue a la mierda. "¡Le vemos el pelito! ¡Ya está aquí! ¡Ahora, empuja ahora!". Y por fin, el milagro... Allí estaba Mercedes, grasosa, berreante, entera, sana, mofletuda, algo hinchadita y roja por el esfuerzo. Hermosa. El mundo que vio pareció no gustarle mucho, porque lloró a los gritos durante casi dos horas. Ni siquiera agradeció el cariño y los minutos que nos prodigaron. No sé ni un solo nombre de ese equipo de gente que convirtió el parto en una fiesta, sólo el de la doctora que la trajo al mundo, su apellido era Sombra, y lo sé porque ella firmó el certificado. Desde la distancia física y temporal que nos separa va un beso para cada uno de vosotros.

Mercedes nació en medio de una descomunal tormenta y con rayos de luz que lo iluminaban todo, atendida por la doctora Sombra... Menudos contrastes.

Ese día no dormí. La iba a ver con mis visitas a la nursery. Todos detrás del cristal, viendo una fila de cunitas alineadas coronadas por lacitos celestes y rosas. "¡Es ésa! La más linda...", decía, mientras me recorría el cuerpo una oleada de orgullo y me tironeaba el cuello con una reciente torticolis debida a que la fuerza de la expulsión la había hecho con esa parte del cuerpo. Todavía me pregunto cómo salió, por donde lo hizo, y no la largué por la boca. Volvía a mi habitación caminando como una pata rodeada de otras patas por el pasillo. Patas con bata. Mamás patas que venían de ver a sus bebés, rodeadas de abuelos con babas y padres con esa cara que se les pone cuando son padres, esas sonrisas de orgullo que se les dibujan... "El nuestro es el más lindo...", susurraban algunos, y nosotros los dejábamos con esa ilusión. Todos sabíamos que la nuestra era la más linda.

El Hospital Italiano era muy especial y la maternidad su área de más prestigio. Allí se practicaba el parto natural, con la menor intrusión médica posible, se instruía a las madres sobre las ventajas de la lactancia y el uso de productos naturales en la crianza e higiene. Fueron pioneros en la moda del rooming-in, mamá con bebé todo el día juntos, excepto en los horarios de visitas.

Era una experiencia única. La primera mañana que estuvimos juntas la saqué de su cunita transparente y la acosté a mi lado. Ella estaba boca abajo y con las piernecitas en posición de sapito, como se ponen los recién nacidos. Sólo tenía puesto un pañal. Me recosté de lado, apoyando el codo sobre la cama y la miraba... Recorría con la vista su espaldita blanca, sus bracitos gorditos, su nuca con suave pelusa rubia... Dormía con esa paz de suspiros breves que producen los bebés. Entraba por la ventana un chorro de sol que la iluminaba. Ése fue uno de los instantes más felices de mi vida. Ese momento que da sentido al pasado y al porvenir. Como decía Borges: "Cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad de un solo momento: el momento en el que el hombre sabe para siempre quién es".

¡Ese tiempo...!

Siento este peso encima. Este enorme peso que ya comienza a ahogarme, a cansarme, sí... a asfixiarme. Es la dejadez, el aburrimiento, el sinsentido de no saber qué hacer. Parece extraño, y sin embargo es extraño. Paso días y días sin hacer apenas nada. No sé a qué se debe, pero me cuesta levantarme y poder entender este mundo. Por eso me callo, me callo y no digo nada. ¿Para qué...? Es tan difícil participar en este mundo, porque ha cambiado mucho, porque mi vida es extraña incluso para mí. Y me siento cada día en el sofá y enchufo la tele... ¡Hay que ver la de cosas que hacen! A mí todavía me cuesta acostumbrarme a sentirme tan cerca de lugares que ni siquiera podría situar en el mapa, pero que cada día participo de sus historias; normalmente las crueles, las que hacen llorar o las que hacen temer. Pero cada día me levanto y enciendo la tele...

Cuesta creerlo, pero me entiendo mejor con ella que con mi hija. Responde de forma inmediata a mi orden (claro, siempre y cuando las pilas del mando no estén demasiado gastadas) y no me contesta, ni me mira mal. Sólo está ahí y a veces, muchas veces es lo único que necesito: levantarme y que continúe ahí. Desde que la he descubierto me ha acompañado de forma incondicional sin pedirme nada, como una buena amiga. Desde la adolescencia de mi hija, con sus largos y absurdos silencios; con sus nuevos hábitos de decir, hacer y hablar sin apenas pedirme permiso, bueno opinión (es lo que se dice, "ni siquiera precisa mi opinión"); ella me ha hecho compañía. Sufrió mi primera y gran tristeza cuando perdí a mi marido y ahora durante estos dos largos años es la única que tiene las medidas justas para colocarse dentro de mi soledad. Y dudo, ¡claro que dudo! Porque si ella está conmigo, pues no estoy sola. Sin embargo hablo de la Soledad (con mayúscula). Con la cantidad de personas que somos en el mundo, con la cantidad de asociaciones, con la cantidad de lugares pensados y creados expresamente para facilitar... yo me siento sola. Y es que ¿dónde voy a ir sola? ¿De qué voy a hablar? No tengo nada que contar, nada que decir porque hace tanto tiempo que no voy al cine que ni siquiera sé cómo se saca la entrada, si hace falta sacarla con mucha antelación o no, si es cara o...

Y es que mi hija habla de cosas extrañas. Ni siquiera sé lo que desea estudiar, yo abandoné desde que afirmó que no estudiaría Medicina. Ya ves. Con lo bien que podía estar,

con lo que he luchado para que ella estudiase y ahora se empeña en salir hasta horas, bueno, casi hasta la madrugada. ¡Y sus amigos! Digo amigos, porque lo que son chicas apenas nombra a nadie y me preocupa, ¡por supuesto que me preocupa! Pero ella no entiende cuando la riño, cuando le hago alguna reprimenda o cuando no la apoyo en sus decisiones. Pero es que no me gusta ninguna. ¡Y cómo me va a gustar con la de tonterías que dice!..., porque la "niña" dice que no cree en Dios (seguro que eso no es idea suya, porque mi niña no era tan tonta, no); le gustan las películas esas en la que se pasan la vida en la cama y muchas veces la veo andar por la casa rascándose el... el chochín, ¡como si nada! Pero, yo ya hago como si no la viese, para qué... Ya me he cansado de ser la mala, la pesada; que si grito, que si le mando cosas, que si me paso el tiempo viendo la tele, que si es que no salgo. ¡¡Con lo que yo he trabajado!! ¿Quién se cree la niñata que es? Y la dejo, porque no me entiendo con ella, porque no sé cómo hablarle, porque no me cuenta nada y cuando lo hace casi siempre me pone de mal humor. Y la dejo, para qué. Es la hora de la serie (aunque por ahí la mal llaman: culebrón), voy a verla y en el descanso tenderé la ropa de la lavadora.

Mírala, ahí está. Sentada en el balcón leyendo. Pero qué poco me habla, no me cuenta nada. No sé ni por dónde anda su vida, al menos desde los catorce para acá. Sin darme cuenta se me ha ido. Hay demasiadas cosas que desconozco de ella; si alguien me preguntase sobre mi hija le hablaría de, no sé, pero le hablaría de su precoz interés por la lectura, o de su voluntad de ayudar a los demás (si es que tiene madera de médico, aunque lo niegue), de, de... ; la verdad que de poco más. Cualquier cosa que dijese sería nomás que una invención, una recreación de mi personaje favorito de la novela. No sé con quién va, no sé qué música le gusta, no sé lo que bebe cuando sale por las noches, cuál es su tienda de ropa preferida, o cuál es su mayor ilusión en la vida (o en este momento de su vida, porque las ilusiones pasan, se caducan y a veces se acaban). Sigo creyéndome que no conoce varón (aunque el otro día encontré una de esas cosas en su pantalón)..., por eso no me gusta que vea esas películas; porque le incitan a... cómo dicen: follar. Eso no lo haría mi niña; por muy atea que sea y por muy rebelde que se crea ser. No, no lo haría. Y seguro mi marido desde el cielo me ayudará a no consentir esas cosas. Y es que la televisión, en verdad, sí tiene cosas un tanto rarillas. Porque no hay ninguna necesidad de mostrar tanto, tanto y seguro nos evitábamos muchas

cosas. Fijate tú, que creo que desde los famosos años del destape eso de las relaciones prematrimoniales se puso de moda y, ¡claro!, los jóvenes siempre con la moda. Pero es que los arrastran. Porque a mi hija, a mi hijita... nunca se le hubiera ocurrido tomar tanto alcohol; y aquella noche la trajeron en unas condiciones muy desagradables. Y, ¡claro!, me puse como me tuve que poner; y a ese Carlos lo puse de vuelta y media y le amenacé (no sé exactamente qué es lo que le dije, tampoco importa mucho); o la tonta idea esa de ir de acampada con, con "ellos"... No hace falta más pruebas para saber que a mi hija la están manipulando. Sí, seguro.

Cariño, cuánto te quiero. Por eso es que no duermo hasta que llegas, por eso es que me paso horas y horas dando vueltas por el salón sin apenas atinar..., muchas veces (lo confieso) me he visto con el teléfono en mano para pedir ayuda a la policía. Pero, ¡claro!, eso no se lleva, me llamarían histérica y por eso sufro sola y en la oscuridad, no puedo hacer otra cosa. Porque eso de prohibir está tan mal visto que cuando se me escapa esa palabra es como si alguien me llenase la boca de guindillas o sulfumant. En fin. Y ¿por qué no llegas ya? De verdad que me cuesta entender estas salidas nocturnas, esa "marcha" que habéis inventado y que un día de éstos me costará un infarto. Menos mal que tengo el capítulo de hoy grabado, y es que, claro, ha venido mi cuñada justo a la hora de la serie. A tomar café, a "charlar" ha dicho... Y eso, hemos estado un ratillo aquí con el café y las historias de la casa. Mientras te espero lo veré. Sé que si me saltase algún capítulo daría igual, cambian tan despacio las cosas que hasta yo podría coger el hilo después de una semana de desconexión. Pero, para qué. Si no me cuesta nada seguiría día a día. Y ahora mientras te espero..., no tardes cariño.

¿Quién será ése? Me preocupa, la verdad. No le he dicho nada a mi hija, pero ayer tarde cuando ha salido a tomar café, he visto que sobre su mesa había una carta y (lo siento, no lo he podido evitar) la he leído. Bueno, lo he intentado, porque como que estaba en catalán y a mano apenas he conseguido descifrar la despedida: "Et sommiaré"... Ya lo que faltaba. ¡¡Dios!! Qué significa eso. Tengo tanto miedo, pero y qué. A ella no se lo puedo decir, porque... porque simplemente sería una bronca descomunal. Pero, ¿qué haces, mi vida? Te siento tan lejos que la distancia parece envejecer las palabras y por eso no nos

entendemos. Me habré perdido dentro de este torbellino de prisas y cambios y para mí es ya un laberinto sin salida, porque ¿a quién le pido ayuda para salir de aquí? Y ando pendiente de ti y tú apenas reparas en mi desasosiego. Es tarde ya, todavía no se ha levantado mi hija y la tendré que llamar. Es que van a cerrar las tiendas y ella todavía en la cama. Pero, no. ¡Venga, levántate! Hay que comprar patatas, huevos, aceite, pollo... ¡Habrá que hacer la comida, digo yo!.

¡Que vaya yo a comprar! ¡Que qué problema tengo! Pues tengo el que tengo. Que no es hora de que siga durmiendo; que hay que levantarse y hacer algo, que es joven. Y yo cuando era joven, a estas horas estaba harta y harta de trabajar. Vendimiñar, sacar piedra, cargar sacos, coger olivas, pelar almendras... y luego me casé y no había agua en las casas como ahora. Y ya iba yo de bien mañana al lavadero, toda cargada, con las manos como botas del frío que hacía. Pero eso, eso no lo quiere escuchar, eso no lo quiere oír, ¡eh...! Y es que cariño, tú ya llegaste tarde en mi vida. Ya éramos maduros tu padre y yo, por eso cuando tú vas yo ya he ido y he vuelto varias veces. Aunque creo que eso ya no me sirve. Estoy empezando a pensar que el ir y el venir se hace por caminos muy distintos. Y es que haces cosas que no son de tu edad (porque eres muy jovencilla), piensas y dices cosas que en mis tiempos me hubiese quedado sentada en la silla del primer mamporro... ¿Y tú dices que te grito? ¡Pero cómo no te voy a gritar! Que ya eres mayor para ir de acampada con tus amigos, para elegir tus amistades, para tomar tus decisiones (¿de verdad crees que a los dieciséis años se pueden tomar decisiones?), que la vida se aprende viviéndola (¡y trabajándola añadiría yo!), que si para arriba, que si para abajo... ¡No me hagas hablar más y ve a comprar...!

Hoy la he visto llorar. Tumbada en la cama vuelta hacia la pared, yo sé que lloraba. Cómo preguntarte, cariño. Me gustaría decirte que tu silencio me va avinagrando el estómago y tu joven rebeldía me patalea fuerte el bazo y tus palabras chillonas y rápidas arañan con fuerza mis oídos. Te quiero, te quiero tanto que al acercarme a ti me da miedo derrumbarte..., mejor te dejo llorar, es la edad (lo sé, yo lloré y lloré y lloré..., luchar ya no tenía sentido).

Hoy estoy preocupada, y enfadada. ¡Bien! Estoy que salen culebras por mi boca, y es que la "niña", la "niña" se las trae... ¡¡Vaya!! Y es que durante el descanso del concurso ese que hacen los miércoles, he estado barriendo. Al entrar en la habitación de mi hija a dejar unos libros que había olvidado en el salón, ¡ahí estaba...! una carta, bueno o un escrito (como lo llaman ¿redacción?). Bueno, lo pienso por si es la excusa que me pone; pero segura estoy de que le he pillado una carta. Pues sí, al acercarme a su mesa... no he podido evitar leer la hoja (las hojas porque había más). Y estoy, estoy que trino, que la bilis me sale por las orejas. Estoy, que ni en esas películas he oído yo guarrerías tan, tan, tan guarras, porque mira que son guarras y asquerosas. Son que no sé por dónde anda mi niña, que me tiene muy preocupada, muy, muy preocupada. Es que... "Me preguntaste cuál era mi ilusión. Hay tantas, no podía responderte y tu mirada metida en mi entrecejo, y tu media sonrisa golpeando fuerte mi cabeza. Y es que te gusta ponerme nerviosa, no lo niegues. Supongo que es tu forma de poder sobre mí, yo ya te pillo de tanto en tanto. Y eso es lo que pienso; porque dices que me conoces como si fueras mi hermano y sabes que me pasa algo y que te lo diga, que eres mi amigo, que sabes que necesito hablar, que me quieres, que qué me pasa... Y yo como de verdad te quiero te lo cuento. Y te digo que mi madre apenas me habla y que cuando lo hace es por algo que no se refiere a mí. Que me siento sola, que tengo miedo de hacerme mayor. Pero eso lo digo en voz bajita, muy bajita porque cuando me acuesto mi cuerpo se transforma. Me siento inquieta, muy inquieta. Y necesito tocarme, acariciarme. Es que estoy caliente, muy caliente. Yo quiero evitarlo, lucho contra ello... pero no puedo evitarlo. No sé qué me pasa. A veces sólo quiero gritar y como no puedo cierro los ojos y voy diciendo despacio, muy despacio: follar, follar, follar... Yo de verdad creo que eres mi amigo y por eso te lo escribo. ¿A quién le voy a contar estas cosas...?, no tengo amigas. Las chicas de mi clase me aburren, los chicos son unos fanfarrones de cuidado que sólo sueñan con tetas y culos norteamericanos y en fin..., mi madre. A mi madre no puedo decirle estas cosas. No lo entiende. Y además no me toma en serio, no se cree que pienso yo sola y dice que lo de ser atea no es cosa mía. Si yo no soy atea, eso lo dice ella..., yo digo que no creo en Dios, que es idiota invertir ilusión, dinero y tiempo en algo que es un saco sin fondo (o de doble fondo, porque hay que ver con lo de la caridad). Yo sólo digo que no podemos apelar a Dios para evitar nuestra responsabilidad. Porque todos tenemos responsabilidades con aquello que nos

rodea y que las cosas no están mal porque tienen que estar mal y el sufrimiento es una prueba de Dios, o las cosas están bien porque tienen que ser así... Yo sólo digo, bueno, da igual lo que yo diga, qué más da... Et sommiaré, qué bonito, verdad. He de decirte que me saltaron las lágrimas cuando lo leí. Gracias, gracias por emocionarme de esa forma tan encantadora. Bueno, por emocionarme y por excitarme, porque no veas cómo te soñé yo. Y esta noche, para dormirme pensaba y lo pensaba con mucha fuerza: follar, follar contigo...".

¡Ya ves! Esta niña me va a matar un día a disgustos. Todavía me tiemblan las manos de la vergüenza que he pasado leyendo todo eso... Y aquí la espero, sentada en el sillón con la televisión encendida pero sin voz. Porque no estoy para prestar demasiada atención. Y la espero, no sé dónde estará pero aquí me voy a quedar hasta que la vea. Aunque la verdad, la verdad es que no sé lo que le voy a decir. Sí sé que es cierto, lo que dice tiene sentido y yo tengo miedo. Tengo miedo porque no sé si me voy a poder enfrentar a la verdad. Mi niña ha crecido. Mi niña necesita volar pero yo quiero evitarle esas tormentas tan duras. Igual tiene razón. Igual todo es cuestión de esquivar las responsabilidades, las de decidir y las de actuar. Y ¿por qué? Yo aprendí a trabajar duro, yo sufrí y resistí el dolor... pero ahora, ahora me da miedo pensar porque hacer caso a lo que una piensa y siente es enfrentarse sola a algo... La espero. Ya tarda mucho, pero la espero. Mi hija tiene muchas cosas que decir y yo mucho que escuchar porque hay una parte de mi hija que se va construyendo sin mí. Y ha de ser así... Sólo quiero que sepa que yo estoy aquí. Sólo puedo decirle cuánto la quiero. Es la mejor forma de comenzar la frase siguiente...

Mi hija ha llegado y el encuentro no ha sido demasiado agradable, no. Al entrar me ha mirado y con un escueto saludo se ha metido en el aseo. Un rato, un buen rato que ha estado en el aseo y yo aquí esperando. Oliendo a alcohol y a tabaco, si es que no puede ser... Ya sale, el estruendo de la cisterna me advierte que ya ha terminado y yo intento tranquilizarme y me recuesto en el sillón. Y al salir, le veo los ojos enrojecidos y es que ha llorado y es que sufre, seguro que sufre. Se vuelve medio furiosa y me ve con el papel en mis manos y se calla. Pero sus gestos son duros, enormemente duros y yo quisiera comerme el papel y no puedo. Y empiezo a hablar y le digo..., no me da tiempo, no tengo tiempo de decirle nada porque como una estrella fugaz se levanta con la maceta en la mano, una maceta que

me regaló por Navidad; y sin darme cuenta, sin apenas poder reaccionar. ¡¡¡Crack!!! Y miles de cristales y humo y estruendo y un grito ensordecedor... y al final, al final encuentro la tele explotada, rota, hecha añicos. Y no sé cómo, pero me he levantado y me he arrodillado junto a mi hija para abrazarla. Y sus lágrimas han mojado mis mejillas y sus suspiros han llenado mi alma de angustia y mis besos han querido arroparla y por eso hemos permanecido así..., abrazadas.

Los tres primeros testimonios nos ilustran bien esa importancia que se concede a la maternidad como elemento de identificación femenina, así como de las dificultades a las que se tiene que hacer frente para conseguir ese ideal de dos hijos por mujer que, como hemos visto, se mantiene en nuestra sociedad.

El cuarto creo que es un relato muy valioso acerca de los problemas a los que se enfrentan las mujeres cuando "los hijos se van" y de la pérdida incluso de identidad que con ello se produce.

Todos ellos, en definitiva, son buenos ejemplos de lo que significa en la actualidad ser madre y buenos puntos de partida para reflexionar acerca de lo que podríamos modificar si queremos conseguir convertir nuestros deseos en realidad.

NOTAS

1. Nestlé España, S.A., 1997, Barcelona, pág. 8.
2. Tubert, S. (1991) *Mujeres sin sombras: Maternidad y tecnología*. Madrid: S. XXI, pág. 82-83.
3. de Miguel, J. (1984) *La amorosa dictadura*. Madrid: Anagrama.
4. Badinter, E. (1991) *¿Existe el instinto maternal?* Barcelona: Paidós.
5. Moreno (2000: 5).
6. Tomado de Bonet, J. y Caballé, A. (2000) *Mi vida es mía*. Barcelona: Plaza y Janés, págs. 269-270.
7. Roig Raventós, J. (1964) *Nociones de Puericultura*, 10ª ed. Barcelona: Toray, pág 11.
8. VV.AA. (1984) *2º Catecismo de la Comunidad Cristiana*. Madrid: EDICE, pág. 116
9. de Miguel, A. (1998) *La España de nuestros abuelos*. Madrid: Espasa, pág. 217.

BIBLIOGRAFÍA

- Badinter, E. (1991) *¿Existe el instinto maternal?* Barcelona: Paidós.
- Bonet, J. y Caballé, A. (2000) *Mi vida es mía*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Bowlby, J. (1946) *Forty-four juvenile thieves: their characters and home-life*. Londres: Tindall and Cox.
- de Miguel, A. (1998) *La España de nuestros abuelos*. Madrid: Espasa.
- (1991) *La sociedad española*. Madrid: Alianza Universidad.
- (1994) *La sociedad española*. Madrid: Alianza Universidad.
- de Miguel, J. (1984) *La amorosa dictadura*. Barcelona: Anagrama.
- Delgado, M. y Livi-Bacci, M. (1992) "Fertility in Italy and Spain: The Lowest in the World" en *Family Planning Perspectives*. Vol. 24, n.º. 4, Julio-Agosto, pp. 162-171.
- Fernández Montraveta, C. (2000) "Mitos realidades y la biología de la maternidad" en VV. AA., *Las representaciones de la Maternidad*. Madrid: U. Autónoma de Madrid (pp. 13-31).
- Hays, S. (1998) *Las contradicciones culturales de la maternidad*. Barcelona: Paidós.
- Kaa, Van de (1988) "Europe's Second Demographic Transition" en *Population Bulletin*, Population Reference Bureau, Washington D.C. (41).
- Mari-Klose, M. y Nos Colom, A. (1999) *Itinerarios vitales: educación, trabajo y fecundidad de las mujeres*. Madrid: CIS.
- Martín López, E. (2000) *Familia y Sociedad. Una introducción a la Sociología de la Familia*. Navarra: Ed. Rialp.
- Meil, G. (1999) *La postmodernización de la familia española*. Madrid: Acento.
- Moreno Hernández, A. (2000) *Las Representaciones de la Maternidad*. Madrid: U.A.M. (pp. 2-11).
- Roig Raventós, (1994) *Nociones de Puericultura*. 10ª ed. Barcelona : Toray.
- Roussel, L. (1992) "La famille en Europe Occidentale: divergences et convergences" en *Population*, n.º. 1, pp 133-152.
- Sastre Fernández, S. (1984) *Maternidad Responsable*. Barcelona: JIMS.

- Soto, P. (2000) "A modo de conclusión" en VV AA., *Las Representaciones de la Maternidad*. Madrid: U.A.M. (pp. 97-106).
- Swigart, J. (1991) *The myth of de bad mother*. Nueva York: Doubleday.
- Tubert, S. (1991) *Mujeres sin sombra: Maternidad y tecnología*. Madrid: S. XXI.
- VV.AA. (1977) *Con vosotros está. Catecismo para preadolescentes*. Madrid: Conferencia del Episcopado Español.
- VV.AA. (1984) *2º Catecismo de La Comunidad Cristiana*. Madrid: EDICE.
- VV.AA. (1991) *Catecismo, 2º Grado. Texto Nacional*. Madrid: Conferencia Episcopal Española.
- VV.AA. (1994) V Informe Sociológico sobre la situación social en España. Madrid: Fundación FOESSA.
- VV.AA. (1997) *Vas a ser madre*. Barcelona: Nestlé, S.A.
- VV.AA. (2000) *Las Representaciones de la Maternidad*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.